



SALAS ALTERNATIVAS: EL DIFÍCIL CAMINO DEL TEATRO

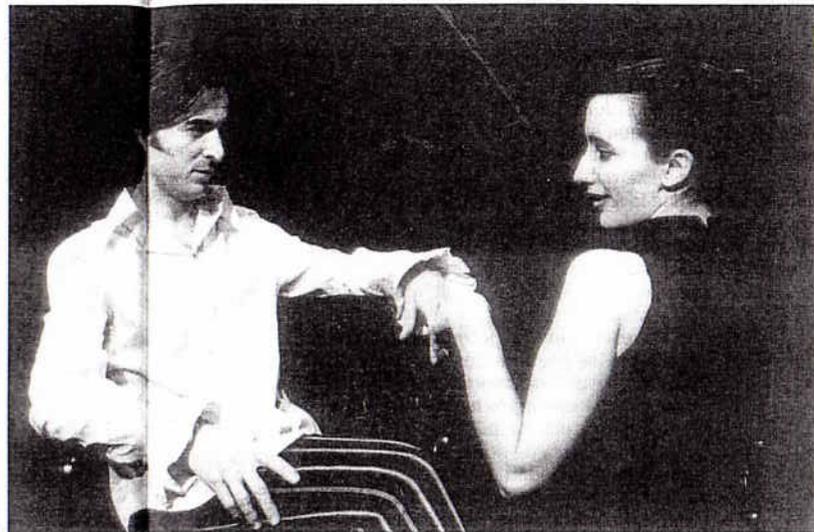
CARLOS ALBA

Llegar a la gente, hacer un teatro comprometido con la actualidad, sin derroches, basado en el actor, buscar nuevas dramaturgias y propuestas escénicas sin perder calidad artística, una más eficaz relación con el público. Estos son algunos de los objetivos que persiguen quienes trabajan en salas alternativas, en busca de una línea continua de acción inspirada por el superobjetivo de lograr un teatro vivo. O al menos que en los televidentes resucite, de vez en cuando, ese espectador ansioso de emociones, de inquietudes, que todos llevamos dentro.

El teatro alternativo tiene su origen en el teatro independiente de los años 70. Al menos los criterios son los mismos, según Javier Yagüe, presidente de la Coordinadora de Salas Alternativas, una organización que surgió en 1991 para aunar las fuerzas de las 21 salas que hay en España: «Buscamos un teatro más artesanal, que no dependa de las subvenciones. En este sentido, el mayor logro respecto al teatro independiente es la existencia de salas propias en las que presentar nuestros trabajos, ya que durante los años 70 sólo funcionó el TEM -Teatro Estudio de Madrid-».

En principio, lo primero que distingue a una sala alternativa es su propia estructura, como explica Jorge Albert, gestor de la Coordinadora: «Se trata de una sala de pequeño-mediano formato, versátil, con una capacidad de hasta 200 espectadores, que tienen un contacto muy directo con el escenario. Se puede decir que la sala está a medio camino entre los teatros comerciales y el café teatro».

El teatro alternativo, cuya primera sala, Cuarta Pared, es de 1985, quiere diferenciarse del «teatro burgués, comercial». Esta diferenciación afecta tanto a los contenidos como a la estructuración y gestión del trabajo. «Queremos recuperar la esencia del arte dramático, sin basarnos en grandes derroches económicos. En este sentido, la Coordinadora surgió también como respuesta a los fastos del año 1992», comenta Javier Yagüe, quien además es el director de Cuarta Pared.



En cuanto al tipo de espectáculo que se ofrece, Jorge Albert dice que «no son musicales, ni teatro clásico, ni comedia, sino un teatro reflexivo y actual, en la mayoría de las ocasiones con trasfondo social. En todo caso se intenta que prime la calidad, algo que ha hecho que se vaya superando esa visión un tanto cutre que tenía lo alternativo».

Los autores de las obras suelen ser jóvenes, lo que supone asumir un riesgo que los representantes de las salas aceptan porque, como explica Javier Yagüe, «el teatro del s. XXI está por hacerse. Ahora todavía se emplean formas que han asumido el cine y la televisión. El teatro tiene mucho camino por recorrer, y en ese sentido son las salas alternativas las que más están luchando por que no se estanque». Yagüe analiza en el mismo sentido la crisis permanente en la que vive el teatro: «El problema es la perspectiva desde la que se trabaja. Es necesario avanzar, buscar, para lo cual a veces se hace inevitable pasar por momentos de confusión, en los que cuesta separar el grano de la paja».

Debido al riesgo inherente a la investigación que realizan, los representantes de la Coordinadora de Salas Alternativas coinciden en que es necesario el apoyo económico institucional, aunque aclaran: «No se trata de pedir dinero porque sí a la administración, sino de que ésta ayude al mantenimiento de las salas porque hacen un servicio cultural, que su apoyo sea simplemente una base para poder trabajar». Algunas salas reciben este tipo de subvenciones.

La distribución geográfica de las salas es desigual, siendo Madrid la zona con más número de locales. Precisamente en la capital de España finalizó el pasado 9 de febrero el VIII Festival Alternativo de Teatro, «La Alternativa», ya un clásico dentro de los festivales de la Comunidad de Madrid. Fueron más de 3 semanas de espectáculos, donde por vez primera se incluyeron además obras de música, danza y cine «alternativos», o «no comerciales».

CÓMO SE MONTA UNA SALA

Las salas alternativas las suelen montar compañías que quieren tener un local propio para mostrar sus trabajos. Algunas de estas compañías provienen del teatro de calle.

El primer paso consiste en alquilar un local que reúna las condiciones apropiadas, local que habrá que acondicionar para adecuarlo a las necesidades espaciales -gradas, camerinos, etc.- que requiere el tipo de actividad que en él se llevará a cabo. En este sentido las normativas de seguridad son las que dan más problemas.

«El trabajo, tanto físico como burocrático, que requiere esta primera fase hace que las compañías se resientan desde el punto de vista artístico», recuerda Javier Yagüe, que está ligado a Cuarta Pared desde su origen. La inversión mínima inicial necesaria para poner en funcionamiento la sala asciende a 7 millones de pesetas, mientras que los alquileres oscilan entre las 150 y las 600.000 pesetas al mes.

Para hacer frente a estos pagos, y una vez puesta en marcha la sala, las compañías diversifican sus actividades: escuelas de teatro -que además les sirven como cantera-, campañas escolares, ciclos de música... Todo ello dentro de una línea de programación que es debatida desde el momento en el que se plantea el proyecto. Los montajes, al estar basados en los actores, tienen unos costes mínimos, que en todo caso nunca bajan de los dos millones de pesetas.

La cobertura legal de las compañías consiste en convertirse en asociación cultural o, en el caso de que haya que contratar a alguien o que se quiera tener acceso a mayores ayudas económicas -aunque esto hay que contrapesarlo con el consiguiente aumento en impuestos- constituirse en Sociedad Limitada.

Solucionados todos los trámites burocráticos, queda encomendar a la suerte y al trabajo para lograr -algo que en este país es poco menos que imposible, a pesar de que el precio medio de los espectáculos es de 1000 pesetas, poco más que el del cine- que la gente vaya al teatro. Y, además, que éste sea actual, crítico y de calidad. ■